
Santiago Argüello

Universidad Nacional de Cuyo/
CONICET (Mendoza, Argentina)
yagoarg@yahoo.com.ar

Matices chestertonianos en la diferenciación entre *business man* y *gentleman*

Resumen: En el cap. "El hombre de negocios estadounidense" de *Mi visión de Estados Unidos*, Chesterton establece una compleja relación, por un lado, entre ser inglés, ser *gentleman*, portar un bastón y dedicarse al ocio; y por el otro, entre ser yanqui, ser hombre de negocios, llevar un abrigo de piel y dedicarse al negocio. En términos científicos, en uno y otro caso tales términos pertenecen respectivamente a un *carácter*, un *tipo*, un *símbolo*, y una *acción*. De este modo, en uno y otro caso, existe un tipo revestido de un carácter, el cual se reconoce por un símbolo y cierta clase de acción. Chesterton señala que la dificultad de entender un símbolo reside en ese hábito "fatal de observar los hechos sin la capacidad para observar la verdad." Es decir, de por sí los hechos no tienen significado; es más, pueden significar cosas contrarias. Para lograr un correcto entendimiento de un símbolo, debemos incluir su hecho en su verdad, y no al revés. De otra manera, se reduciría la verdad al hecho. ¿Cómo procede Chesterton a fin de capturar la verdad de los símbolos? Presta atención a lo que el símbolo significa para el que lo usa. Es así cómo se revela el tipo, que es lo que interesa en orden a la verdad del símbolo. Y el tipo se decide en la acción: en el ocio o en el negocio, según el caso de análisis presente.

Palabras clave: Chesterton, gentilhomme, hombre de negocios, ocio, negocio.

Abstract: In chapter 7 of *What I Saw in America* ("The American Business Man"), Chesterton sets out the complex relationship that arises among each of the following four elements: on the one hand, being English, a gentleman, to carry a stick and to lead a life of leisure; and, on the other hand, being a yankee, a businessman, to wear a fur coat and to be engaged in business. In philosophical terms, in both cases such terms belong to a *character*, a *type*, a *symbol*, and an *action*, respectively. Thus, in both cases, there is a type disguised by a character, which is recognised by a certain symbol and a certain kind of action. Chesterton points out that the difficulty to understand a symbol comes "from the fatal power of observing the facts without being able to observe the truth." That is, a fact in itself does not have any meaning; moreover, it can mean opposite things. So, in order to attain a correct understanding of a symbol, we must include a fact in its truth, and not the other way around. Otherwise, truth would be equal to fact. How does Chesterton obtain the truth of a symbol? By paying attention to the meaning people attach to a symbol they use. By this analysis the type is revealed; understanding the type we can reach the truth of a symbol. Finally, the type settles in action: in leisure or in business, according to the present study.

Key words: Chesterton, *Gentleman*, *Business man*, Leisure, Business.

Recibido: 18/11/2010 - Aceptado: 16/12/2011

“For these disguises did not disguise, but reveal.”

G.K. CHESTERTON, *The Man Who Was Thursday* (últimas palabras del antecapítulo, “The Six Philosophers”, dedicadas a Gabriel Syme)¹.

“Man is not, perhaps, the only creature who dresses himself, but he is the only creature who disguises himself.”

Id., *A Miscellany of Men*, “The Mummer” [la máscara]².

Para saber lo que de verdad pasa hoy en día, es preciso escoger algún buen libro de hace 100 años que analice la realidad de aquel momento; así como para desentenderse de lo que pasa hoy en día, coger los periódicos del momento o los programas informativos del día a día³. Es difícil saber si el inglés o el estadounidense de nuestros días se sobrecoge leyendo *A Short History of England* o *What I Saw in America* del mismo modo que el argentino de nuestros días lo hace leyendo *Meditación del pueblo joven*.

Con todo, el inglés y, quizá más aun, el norteamericano lector de Chesterton cuenta con una ventaja sobre el lector argentino de Ortega y Gasset: el autor español sólo habla de Argentina, e indirectamente de sí mismo, mientras que el autor inglés habla de tipos humanos, disfrazados de *yankees* e ingleses⁴. Puede que el disfraz lleve ya muchos siglos y muy bien amoldado al sujeto en cuestión, de tal modo que parezca que ya es del tipo, pero bien puede suceder un buen día que el argentino, o incluso el español, cansado ya de no tener disfraz como la gente⁵, vaya a probarse uno de aquellos. Descubrirá entonces que el mismo no era el de un ser nacional en particular, sino que, tras

¹ “Pues estos disfraces no disfrazaban, sino que revelaban.” A lo que sabiamente se ha comentado que cada uno se disfraza de aquello que es por dentro.

² “El hombre no es, quizá, la única creatura que se viste, pero es la única creatura que se disfraza.”

³ Cfr. Gilbert Keith CHESTERTON, “The Ignorance of the Newspapers”, May 16, 1914, en [ID.] *The Collected Works of G.K. Chesterton*, vol. XXX (“The Illustrated London News 1914–1916”), ed. by Lawrence J. CLIPPER, Ignatius Press, San Francisco, 1988, 89-93; ID., *George Bernard Shaw*, John Lane Company, New York, 1910, *in fine*; Miguel de UNAMUNO, *Temas argentinos*, El Elefante Blanco, Buenos Aires, 2002, 17-18; Albino LUCIANI, *Illustrissimi* (1976), cuya ed. castellana es *Ilustrísimos Señores. Cartas del patriarca de Venecia* (trad. De José L. LEGAZA, José L. ZUBIZARRETA, Manuel GARCÍA APARISI y Gonzalo HAYA), Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 101978, pp. 160-161.

⁴ “Una buena novela nos cuenta la verdad acerca de su héroe; pero una mala nos cuenta la verdad acerca de su autor.” G. K. CHESTERTON, *Heretics* (1905), cap. 15.

⁵ “Si solevantáis un poco las solapas del frac con que el argentino se disfraza, hallaréis siempre el gaucho más o menos civilizado, pero siempre el gaucho.” Domingo Faustino SARMIENTO, *Facundo*, Planeta / Booket, 2007, p. 198.

las apariencias, se encuentra el ser humano universal, el tipo que él también puede ser o debería ser. En otras palabras, verá que el birrete cuadra con todas las cabezas calvas de la academia⁶.

Es común (o lo era hasta no hace mucho) asociar en cierto modo el hombre de negocios al estadounidense, y el gentilhomme al inglés. Chesterton, quien nunca gusta de ser «original», también así lo hace. Ahora, qué entiende él por hombre de negocios y qué por gentilhomme, junto a su interrelación aparejada, es lo que aquí expondremos, si no exhaustivamente sí esencialmente, al menos en una fase inicial⁷.

La asociación del *gentleman* como la del *business man* a diversos caracteres más o menos nacionales conlleva la asociación a diversos símbolos utilizados por dichos caracteres: el símbolo es como el instrumento del tipo –*gentleman* o *business man*–, el cual, como dijimos, está concretamente asociado a un modo de ser más o menos nacional o, al menos, cultural⁸. Según la tesis de *What I Saw in America*, en la interpretación de los símbolos reside el *quid* del entendimiento o falta de entendimiento mutuo entre las gentes de diversos países o culturas. Y hasta podría decirse que, en un mundo de tanta producción informativa y cambios tan acelerados como el nuestro, donde los límites de las referencias culturales y filosóficas han desaparecido del horizonte mental común, ese *quid* se ha extendido incluso a la relación mutua entre personas aparentemente tan cercanas como dos hermanos o dos colegas del Departamento de estudios inimaginablemente más específicos de una Universidad occidental. Al parecer, cien años atrás era relativamente más fácil que ahora reconocer el sentido de pertenencia a una aldea local, siendo más difícil, en cambio, comunicarse con el ser extranjero. En nuestros días, en ciertos casos parece más fácil sentirse hermano de un miembro de la aldea global, y figurarse que el Gran Hermano es una soberana estolidez local; Gran Hermano o Gran Cuñado; mi propio hermano o mi propio cuñado. Con todo, esto no quiere decir que hoy en día

⁶ Existe la expresión inglesa ‘if the cap fits, wear it’, que literalmente significa ‘si el gorro te sienta bien, úsalo’, pero que figuradamente se traduce por ‘aplíquese el cuento’.

⁷ Nuestra exposición se ciñe a la primera parte del cap. VIII, “El hombre de negocios estadounidense”, *Mi visión de Estados Unidos*, introd., trad. y notas de Santiago ARGÜELLO, Losada, Buenos Aires, 2010, pp. 130-156. Versión original: “The American Business Man”, *What I Saw in America* (1922), recogido en [G.K. CHESTERTON,] *The Collected Works of G.K. Chesterton*, Vol. XXI: *What I Saw in America – The Resurrection of Rome – Sidelights* (ed. by George J. MARLIN, Richard P. RABATIN et alii, with Introd. by Robert ROYAL) Ignatius Press, San Francisco, 1990, 109-125 (texto original, editado por Hodder and Stoughton, London, 1922, disponible en <http://www.gutenberg.org/files/27250/27250-h/27250-h.htm>). No hay espacio aquí para tratar la segunda parte del mismo capítulo, el cual debería ser tratado en un artículo subsiguiente.

⁸ “Es un lugar común que todos los hombres están de acuerdo en usar símbolos”. G. K. CHESTERTON, *Mi visión de Estados Unidos*, p. 130.

se haya avanzado mucho en el entendimiento internacional; más bien parece que a este problema se ha añadido el del desentendimiento local⁹.

La dificultad de entender un símbolo reside para Chesterton en ese hábito “fatal de observar los hechos sin la capacidad para observar la verdad.”¹⁰ Mejor dicho, la dificultad constituye realmente más bien una imposibilidad. A primera vista parece curioso el hecho de que “las mismas impresiones falsas” sobre un símbolo provengan “de datos fiables de hechos muy verdaderos”¹¹. Pero esta curiosidad se deshace cuando uno se percata de que dichas falsas apreciaciones “provienen de ver el símbolo con la claridad más intensa de todas y estando a ciegas para todo lo que él simboliza.

Es como si un hombre que no supiera griego imaginara que puede leer una inscripción griega por tomar la R griega por una P inglesa o la E larga griega por una H inglesa.”¹² Es decir, no por el mero hecho de que alguien pueda pronunciar perfectamente lo que está escrito en una frase griega, efectivamente sabe lo que esa pronunciación significa. Más de uno sabe leer en griego la *Metafísica* de Aristóteles, así como más de uno se piensa que verdaderamente la entiende. El hecho de desenvolverse con habilidad en el dominio de la filología griega no es garantía de entender lo que en griego escrito está. Y lo mismo ocurre con el latín.

Mas no quisiera yo desviarme aquí del hilo argumentativo del propio Chesterton, el cual se mueve más bien al ras del sentido común y no en el ámbito de la ciencia. Por eso, para verificar sus asertos, lo mejor es tomar los mismos ejemplos que él usa en el capítulo de *What I Saw in America* que estamos examinando; “el ejemplo de dos objetos muy corrientes y triviales de

⁹ Estos dos aspectos vienen tratados a la vez con gran agudeza y amplitud de miras por Benedicto XVI en la reciente Carta Encíclica *Caritas in veritate*, cap. 3º: “Fraternidad, desarrollo económico y sociedad civil” (disponible en http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_20090629_caritas-in-veritate_sp.html#_ednref104). Allí, analizando la situación económico-ético-política del presente mundial, su autor pone de manifiesto las “graves distorsiones y disfunciones” de las “actuales dinámicas económicas internacionales” (nº 40), al tiempo que, observando inteligentemente la única vía maestra de fondo para solucionar aquellos desarreglos, muestra que el asunto tiene al mismo tiempo una cara local y una internacional, las cuales son hoy en día indisolubles (cfr. nº 40-42). Es digno de observar que, gracias a esa mirada inteligente y a la vez amorosa manifestada allí por el Romano Pontífice (según ambos términos se entienden allí mismo: “No existe la inteligencia y después el amor: existe *el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor*” (nº 30)), su expectativa de que los hombres podamos alcanzar una comprensión mutua en el mundo moderno es, ciertamente, vivida.

¹⁰ G. K. CHESTERTON, *Mi visión de Estados Unidos*, p. 135.

¹¹ G. K. CHESTERTON, *Mi visión de Estados Unidos*, p. 135.

¹² G. K. CHESTERTON, *Mi visión de Estados Unidos*, p. 135.

la vida moderna: un bastón y un abrigo de piel.”¹³ El equívoco que él encuentra en la interpretación de estos símbolos es el siguiente. Por el simple hecho de que un norteamericano promedio señale un objeto y lo identifique como un bastón, no quiere decir que para él signifique lo mismo que para un inglés promedio. Los estadounidenses ven en torno al hecho de portar un bastón “un ligero sabor a lujo y gandulería”¹⁴; en una palabra, un signo de dandismo. Todo esto, señala nuestro autor, es opuesto a lo que un bastón significa para la gran mayoría de los ingleses: para ellos, “un bastón a menudo significa realmente caminar. Con frecuencia sugiere el mismo reverso del galán con su caña oscurecida [alusión a unos versos de Alexander Pope, de su poema más exquisitamente frívolo: “The Rape of the Lock”]; no sugiere un tipo de ciudad, sino más bien especialmente un tipo de campo. Da a entender más bien la clase de inglés que anda por aquí y por allí en senderos y prados y corta la punta de los cardos. Sugiere la clase de hombre que ha portado el bastón a través de sus bosques autóctonos, y hasta quizá lo haya cortado en sus bosques autóctonos.”¹⁵ La diferencia entre el lujo del dandi de ciudad y la gandulería del caminante de las zonas rurales, añade Chesterton, se remonta “a muchos orígenes ingleses, posiblemente a orígenes aristocráticos, a la idea del viejo hidalgo, un hombre vigoroso y hasta rústico, sólo que entrenado para sostener un inútil cayado antes que una herramienta útil”.¹⁶ Sea, pues, que este señor de raigambre campestre fuera o no un gandul, el caso es que el bastón que él usa (o usaba), “en Inglaterra sugeriría una persona que trabaja de forma ardua y monótona, y casi un peregrino”.¹⁷

El equívoco no deja de ser notable y aleccionador: si para un *yankee* el bastón es signo de dandismo; para un inglés, es signo de aristocracia; y si de la vieja, esto es, de la sacrificada y religiosa (gandulería ausente), mejor aun. Esta es la conclusión: aristocracia no es dandismo, aun cuando algún dandi pueda ser aristócrata. Gandulería no es libertad, aun cuando sólo quien es libre pueda ser un holgazán. Lujo y frivolidad no son nobleza, aun cuando sean hijos suyos.

¹³ G. K. CHESTERTON, *Mi visión de Estados Unidos*, p. 131. En el cap. XVII de *A Short History of England* también el mismo autor acude a un accesorio masculino y una vestimenta de uso común como símbolos que sirven para explicar hechos históricos: el sombrero de copa y los pantalones. Existe una reciente ed. castellana de esta obra: G. K. CHESTERTON, *Breve historia de Inglaterra* (trad. de Miguel TEMPRANO), Acanalado, Barcelona, 2005.

¹⁴ G. K. CHESTERTON, *Mi visión de Estados Unidos*, p. 133.

¹⁵ G. K. CHESTERTON, *Mi visión de Estados Unidos*, p. 133.

¹⁶ G. K. CHESTERTON, *Mi visión de Estados Unidos*, p. 133.

¹⁷ G. K. CHESTERTON, *Mi visión de Estados Unidos*, p. 135.

El experimento contrario no deja de ser igualmente significativo e interesante:

Cuando me encontré por primera vez—refiere el pensador de Fleet Street— en medio de las multitudes sobre el piso principal de un hotel neoyorquino, mi impresión un tanto exagerada de lujo del lugar fue en gran parte producida por el número de hombres con abrigo de piel, y lo que deberíamos considerar más bien ostentosos abrigos de piel, con toda la piel afuera.”¹⁸ Impresión que se agudiza de la siguiente manera: “No quiero decir que [el inglés] piensa que un hombre con abrigo de piel no tiene más remedio que ser un hombre rico y malvado; pero sí digo que, conforme a sus propios ideales e imagen de perfección, un hombre rico y malvado usaría un abrigo de piel.”¹⁹

Y, de nuevo, la apreciación es equívoca, en este sentido:

en realidad, el hombre con el abrigo de piel incluso no era un millonario estadounidense, sino simplemente un estadounidense. No significaba lujo, sino más bien necesidad, y basta una necesidad rigurosa y casi heroica. [...] si el estadounidense no es exactamente un viajero ártico que se mueve deprisa de polo a polo, por lo menos a menudo está literalmente buyendo de hielo a hielo. Tiene que hacer una distinción excepcional entre ropa puertas afuera y puertas adentro. [...] el caso es que el mismo abrigo de piel que en Inglaterra indicaría la vida sibarita, puede que aquí indique muy bien una vida agotadora.”²⁰

En resumen: así como el *gentleman* está como disfrazado con el ser inglés, el cual usa bastón, el *business man* lo está con el ser estadounidense, el cual usa gabán de cuero. Esto no es otra cosa que decir, de modo aun más genérico, que hay un sujeto disfrazado, el cual se reconoce por el instrumento que usa. O si se quiere, de modo aun más filosófico, habría que decir que aquí no tenemos sino *un tipo revestido de un carácter, el cual se reconoce por un símbolo.*²¹

Lo difícil para Chesterton, recordemos, consistía en la interpretación del símbolo, esto es, del bastón o el abrigo. De esa dificultad, según él, surgen todos

¹⁸ G. K. CHESTERTON, *Mi visión de Estados Unidos*, p. 134.

¹⁹ G. K. CHESTERTON, *Mi visión de Estados Unidos*, p. 134.

²⁰ G. K. CHESTERTON, *Mi visión de Estados Unidos*, pp. 134-135.

²¹ El *símbolo* no es el disfraz del *tipo*, sino su *proprium accidens*, esto es, su modo propio de manifestarse: “Un símbolo no es un disfraz sino más bien una exhibición; la mejor expresión de algo que no puede ser expresado de otra manera.” (G. K. CHESTERTON, *Fancies vs. Fads*, “Hamlet and the Psycho-Analyst”; disponible en http://www.cse.dmu.ac.uk/~mward/gkc/books/Fancies_Versis_Fads.txt). En todo caso, el tipo es quien se disfraza con el carácter (de una nación o cultura), pues tal carácter no le es estrictamente *proprium*.

los desacuerdos internacionales (que nosotros hemos extendido también, en el mundo de nuestros días, al ámbito nacional, local, e incluso hogareño); y de estos, todas las disputas, es decir, todas las guerras y enfrentamientos bélicos. La gravedad del asunto no es menor. No quiere decir que si no nos entendemos, entonces necesariamente nos vamos a pelear. Pero sí es verdad que las peleas surgen únicamente si hay un desacuerdo intelectual. Y el desacuerdo puede empezar por la interpretación equivocada de un bastón o un abrigo. Desacuerdo para Chesterton no significa —es importante tenerlo claro— discusión racional. En su *Autobiografía* él narra que lo más importante que él había hecho en su adolescencia era discutir con Cecil, su hermano. Y que lo gozoso era discutir sin pelearse, ya que una pelea corta la discusión²². La discusión, efectivamente, es la actividad racional humana *qua* humana por excelencia. Pues para alcanzar la visión es preciso la argumentación, y la argumentación conlleva discusión, disputa intelectual. Cuando no hay disputa intelectual, no quedan más que tres alternativas: o subnormalidad racional, o escepticismo, o pelea. En una palabra, la discusión intelectual es la manifestación básica más clara del amor entre dos o más personas; tal vez alguno objetará que es preferible la palabra ‘diálogo’ —concedido, sólo con la condición de que se adjunte a esa palabra, de modo forzoso, ‘en el que se trata de cuestiones trascendentes’: en una palabra, la polémica intelectual, que nos hace verdaderamente humanos, no es cualquier tipo de diálogo.

Toda pelea, dijimos, surge de la falta de entendimiento mutuo, aunque esta falta no sea condición suficiente para que aquella ocurra. ¿Qué más se necesita para pelearse? Si interpreto bien a Chesterton, se necesita la burla. ¿Qué es burlarse? “En la misma naturaleza de la mejor clase de chiste reside el hecho de que resulte la peor clase de insulto si no se lo toma como un chiste.”²³ Dicho de otro modo, si a lo que un buen chiste apunta es a revelar la condición contingente del ser humano trascendental, entonces es a lo más profundo del hombre a lo que apunta, no importa de qué modo lo haga. Ahora bien, ese corazón del ser humano es precisamente el que ha de tomarse también del modo más serio posible, esto es, como lo más necesario de todo. Por consiguiente, en abordar tan profundo asunto con chanza, se corre un

²² “Mi hermano Cecil nació cuando yo tenía cinco años, y, tras una breve pausa, empezó a discutir [...]. Discutimos durante toda nuestra infancia y nuestra adolescencia hasta convertirnos en una peste para todo nuestro círculo social [...]. Y aunque no constituye placer alguno recordar el haber dado la lata de modo semejante, me alegro de que, desde tan jóvenes, ventiláramos nuestros pensamientos y opiniones sobre todos los temas del mundo. Me regocijo al pensar que, durante todos aquellos años, no dejamos de discutir, y no nos peleamos una sola vez.” En *Obras completas*, t. I, Plaza y Janés, Barcelona, 1967, pp. 176-177.

²³ G. K. CHESTERTON, *Mi visión de Estados Unidos*, p. 208.

hermoso riesgo: el reconocimiento de dos o más personas de lo más propio de cada quien como nada, o, por el contrario, el que alguno de ellos considere que otro está tratando su propio oro como polvo. Es ahí, pues, cuando surge la contienda: cuando se revela al mismo tiempo, y en el mismo sentido, el carácter contingente y necesario de una realidad propia²⁴. No quiere decir que el motivo por el que surja la pelea es el mismo por el que se mantiene. Para que una guerra se mantenga, hay que tener voluntad de guerrear, y no meramente haber tenido un desacuerdo, todo lo grave que se quiera que este haya sido. Pero este es otro asunto del que Chesterton no se ocupa aquí, y a nosotros tampoco nos interesa ahora.

Retomando nuestro hilo conductor, hemos de dejar bien sentada la siguiente premisa: a fin de lograr un entendimiento mutuo entre las gentes, las cuales ineluctablemente pertenecen a una cultura determinada y, por lo mismo, usan símbolos, para Chesterton ha de existir un esfuerzo mutuo por parte de ellas para comprender el símbolo utilizado por el otro, el que es de alguna manera extraño al que no lo utiliza como este; símbolo cuya comprensión se hace quizá más compleja cuando el instrumento material del que se vale es ya de sobra conocido por ambos, esto es, simboliza algo distinto para ambos. De este modo, también ha de quedar claro que para Chesterton es a través del símbolo (bastón, por ej.) que conocemos el tipo (*gentleman*); y conocemos el símbolo a través de un carácter nacional (ser inglés)²⁵, en la medida en que es este quien lo usa; y, de esta manera, vemos que el tipo está asociado por lo general a un carácter.

Ahora bien, Chesterton sostiene que en ese uso del símbolo hay dos aspectos a considerar: el hecho y lo que el hecho significa; esto es, el dato (*datum*, dado) y la razón de lo dado (la misma distinción que Tomás de Aquino hace entre *esse in actu* o *existentia* y *esse ut actus essentialis*). Nuestro periodista señala que esta distinción es capital a fin de interpretar bien el símbolo. Pues no sólo debemos observar el hecho de que se dé, sino la verdad o razón por la que se da. En otros términos, para lograr un correcto entendimiento de un símbolo, debemos incluir su hecho en su verdad, y no al revés. De otra manera, como es patente, se reduciría la verdad al hecho. Y de forma análoga

²⁴ Para entender qué significa concretamente esto, puede verse el cap. X de *Mi visión de Estados Unidos*. pp. 208-227.

²⁵ “Acerca del significado de estos símbolos [...] siempre estoy abierto a la corrección. Aquel error es el precio que pagamos por la gran gloria de la nacionalidad.” G. K. CHESTERTON, *Mi visión de Estados Unidos*, p. 136. Los límites de esta demarcación –lo que significa ser nacional o local– hoy en día no parece estar ya tan claro como lo estaba en la época de nuestro autor.

ocurre con el carácter y el tipo: debemos observar el carácter nacional como incluido en el tipo, para no reducir el tipo a su carácter o disfraz.

La pregunta que naturalmente surge a continuación es la siguiente: si no sabemos cuál es la verdad del hecho simbólico, esto es, cuál es la verdadera naturaleza del tipo, ¿cómo vamos a saberlo, esto es, cómo podríamos llegar a su correcto conocimiento? Está claro que la verdad del hecho, de este o de cualquiera, no se consigue por el mero procedimiento de observar el hecho; en este caso, observando el carácter nacional que ostenta el símbolo (sea el inglés blandiendo su bastón o el *yankee* exhibiendo su abrigo de cuero). Entonces, ¿qué se necesita para asir la verdad de un símbolo en concreto: su historia, su psicología social, su economía, su derecho, su *marketing* (y añádase a estas cualquier otra disciplina del acervo común)? ¿Cómo procede Chesterton a fin de capturar la verdad de los símbolos estadounidenses? Al hablar de uno de los más poderosos de ellos, dice lo siguiente:

*el cálculo mecánico con respecto a la mención de dólares es enteramente inútil a menos que contemos con alguna comprensión moral de por qué son mencionados. Ciertamente, no significa meramente amor por el dinero; y si lo significa, amor por el dinero puede que signifique un montón de cosas muy diferentes y hasta contrarias. El amor por el dinero es muy diferente en un campesino o en un pirata, en un avaro o en un jugador, en un gran financiero o en un hombre que hace un trabajo práctico y productivo. Ahora bien, esta diferencia en la conversación de los hombres de negocios norteamericanos e ingleses surge, pienso, de ciertas realidades mucho más profundas en el norteamericano, las cuales generalmente no son entendidas por el inglés. También surge de cosas mucho más profundas en el inglés, de las cuales el inglés es incluso más ignorante.*²⁶

Este, pues, es el método: prestar atención no ya al mero uso que alguien hace del símbolo, sino a lo que ese símbolo significa para el que lo usa. Desvelar este asunto, declara Chesterton, revelará lo que un carácter nacional típicamente es; en una palabra, revelará el tipo, que es lo que interesa en orden a la verdad del símbolo. Según el ejemplo propuesto: lo que signifique dólar, tanto para un *yankee* como para un inglés, revelará tanto lo que uno y otro son de modo típico, esto es, el amor relativo a ese símbolo, trascendiendo la mera mostración del uso que ellos hacen de él.

²⁶ G. K. CHESTERTON, *Mi visión de Estados Unidos*, pp. 137-138.

Es en la atención de este significado del símbolo donde reside la dificultad *real* de la inteligencia, de la que, por supuesto, Chesterton no se exime a sí mismo:

incluso cuando estoy seguro de los hechos no profeso estar seguro de las deducciones. [...] El hecho sin la verdad es fútil; es más, el hecho sin la verdad es falso. Ya he apuntado que esto es especialmente verdadero en lo tocante a nuestras observaciones de un país desconocido [esto es, de un carácter que no nos es familiar]; y es ciertamente verdadero en lo tocante a un hecho pequeño que se ha agrandado hasta llegar a ser una gran fábula. Me refiero a la fábula sobre Estados Unidos comúnmente resumida en la expresión acerca del Dólar Todopoderoso²⁷. No pienso que el dólar sea todopoderoso en Estados Unidos; se me hace que muchas cosas son más poderosas, incluyendo muchos ideales y algunos ideales un poco insanos. Con todo, pienso que podría mantenerse que el dólar tiene otro de los atributos de la deidad. Si no es omnipotente, es en cierto sentido omnipresente. Sea lo que fuere que los estadounidenses piensan sobre los dólares, es, pienso, relativamente cierto que ellos hablan sobre dólares.²⁸

Aunque parezca sorprendente para un inglés (u otro observador del país que sea), los estadounidenses no hablan *verdadera o principalmente* de dinero cuando hablan de dinero. Por el hecho de que están ocupados todo el día en el símbolo del dinero, que es el dólar, parece que sí lo hicieran. Pero no. El mero hecho, como *hecho*, de que se mencione *todo el día* ‘dólar’, no significa en sí mismo nada. El significado, pues, es siempre de orden moral o metafísico, no meramente natural. Para un inglés, según nos ha relatado Chesterton, el billete verde remite principal o verdaderamente al dinero; para un *yankee*, a otra cosa. Ya veremos a cuál, según el parecer chestertoniano. Pero antes de eso, detengámonos un momento en notar que, no sino por lo recién expuesto, las estadísticas son falsas²⁹. Y lo son pues se atienen a la *cantidad de usos* de algo, teniendo en mente *sólo* la remitencia significativa más prosaica o, al menos, más

²⁷ En la ed. que hice de *What I Saw in America*, apuntaba en nota lo siguiente: *Almighty Dollar* es un modismo usado a menudo para satirizar la obsesión por la riqueza material. En este caso, se concibe al dinero como una especie de deidad. Comúnmente se atribuye la frase a Washington Irving (1783-1859) que la usó en la historia *The Creole Village* (la aldea criolla; nunca traducida al castellano), publicada por primera vez en 1837: “El omnipotente dólar, aquel gran objeto de devoción universal a lo largo de toda nuestra tierra, parece que no tiene genuinos devotos en estas peculiares aldeas; y a menos que algunos de sus misioneros penetren allí, y erijan casas bancarias y otros santuarios píos, no se sabe cuánto más los habitantes pueden permanecer en su presente estado de pobreza satisfecha.” *Mi visión de Estados Unidos*, p. 136.

²⁸ G. K. CHESTERTON, *Mi visión de Estados Unidos*, pp. 135-136.

²⁹ Al respecto, me permito remitir a mi trabajo “*Grotesque oblige*. G. K. Chesterton, la racionalidad gótica y las estadísticas”, *The Chesterton Review* (Edición especial en español), 1 (2007), pp. 234-243.

originaria de ese algo usado (en este caso, el dólar), sin molestarse en penetrar en la *razón específica de su uso*, la cual puede detentar una remitencia significativa que esté más allá del significado originario, salvo que no por ello sea menos común que la significación originaria. Tal cosa ocurre, por ej., como refiere Tomás de Aquino, con la palabra latina *lapis*: la misma no significa, según la significación originaria, *laedens pedem* (lo que lastima o molesta al pie), sino “cierta especie de cuerpo; de otro modo, todo lo que molesta al pie sería una piedra.”³⁰ De modo semejante, el significado originario del símbolo dólar es el dinero, pero el dólar no se reduce para un estadounidense a simbolizar eso y nada más que eso; y ni siquiera principalmente eso. *Dinero* es el significado más prosaico de su uso, pero no el más verdadero³¹ para los mismos *yankees*. Y mentar *yankees* es señalar la comunidad de uso más grande de esa palabra –sin descartar, por supuesto, la existente probabilidad de que un sociólogo de laboratorio se empeñe en identificar el uso originario con el uso común.

Todo esto nos lleva a la siguiente primera conclusión: para saber el significado de un símbolo, esto es, para asir la naturaleza de un tipo, sea la del gentilhomme o la del hombre de negocios, debemos echar las estadísticas por la borda, cada vez que estas amenacen introducirse en nuestros razonamientos. Y de aquí no hay más que un paso para decir que la racionalidad estadística, omnipresente en la mayoría de los científicos actuales que dicen ser investigadores serios, para Chesterton está en la base de los crímenes y las guerras. En efecto, si las estadísticas conducen a la falsedad de apreciación del prójimo, usándolas no se hace más que poner la base para que de la sola incomprensión racional pueda pasarse a la incomprensión querida y sostenida. No digo que las estadísticas sean las causantes exclusivas de las catástrofes aludidas, pero sí son, en el mundo moderno, su condición racional más propicia (otras condiciones, pues, operaban siglos ha para favorecer las enemistades).

Para seguir, teníamos pendiente desvelar la más auténtica remitencia del símbolo dólar para un norteamericano. “Por empezar –escribe Chesterton–, me imagino que el estadounidense, absolutamente al margen de cualquier amor por el dinero, tiene un gran amor por la medida. Mencionará la medida o peso exactos de las cosas en un sentido que nos parece como irrelevante. Es como si nos fueran a decir que un hombre viniera a vernos trayendo tres pies de

³⁰ THOMAS AQUINAS, *S.Th.*, I, q.13, a.2, ad 2; cfr. *C.G.*, I, c. 28.

³¹ ‘Verdadero’ en sentido griego, si se quiere: platónico, según el ser intenso de las ideas, y aristotélico, según que, de los opuestos racionales, uno es más verdadero que el otro.

bastón y cuatro pulgadas de cigarro. Es así en casos que no tienen conexión posible con avaricia o codicia alguna por beneficiarse. (...) esta precisión (...) [q]uizá también se conecte con algo más juvenil de la civilización más joven; y corresponda a la apasionada particularidad con la que un niño desea distinguir los uniformes de regimientos, los aparejos náuticos o incluso los colores de los tickets de tranvía. Es un cierto apetito endiosado por las cosas, como distintas de los pensamientos.³² Medida, precisión, juventud, capacidad de asombro y distinción *circa res*. ¿Qué tiene todo esto que ver con el vil metal?

Con todo, también hay, por supuesto, una causa mucho más profunda de la diferencia [entre un yankee y un inglés en su relación con el símbolo del dinero]; y puede deducirse fácilmente teniendo en cuenta la verdadera naturaleza de la diferencia misma. Cuando dos hombres de negocios hablan en un tren sobre dólares, no soy tan tonto como para esperar que estén hablando de la filosofía de Santo Tomás de Aquino. Pero si fueran dos hombres de negocios ingleses no esperaría que estén hablando de negocios. Probablemente sería sobre algún deporte; y más probablemente algún deporte que ellos mismos nunca soñaron permitirse el lujo de practicar. La diferencia es más o menos que los estadounidenses hablan de su trabajo y el inglés, sobre sus vacaciones. Su ideal no es el trabajo sino el ocio. Como cualquier otra característica nacional, esto no es primariamente un asunto para elogiar o acusar; en esencia, no implica ni una ni otra cosa, y, de hecho, implica ambas. Desde luego, está conectado con el esnobismo, que es el gran pecado de la sociedad inglesa. El inglés ama concebirse a sí mismo como una suerte de gentleman de campo; y sus castillos en el aire son todos los castillos de Escocia más que de España. Pues, como ideal, un castillo escocés es tan inglés como un pan tostado con queso derretido galés o un estofado irlandés. Y si él habla menos sobre dinero, me temo que, en su mayor parte, es porque en algún sentido piensa más sobre él. El dinero es un misterio en el sentido antiguo y literal de algo demasiado sagrado para ser expresado por medio de palabras. El oro es un dios; y semejante al dios de algunos agnósticos no tiene nombre, y es adorado sólo en sus obras. En cierto sentido es cierto que el gentleman inglés desea tener suficiente dinero como para poder olvidarse de él. Con todo, puede cuestionarse si verdaderamente lo olvida del todo. Frente a esta debilidad el estadounidense ha triunfado, al precio de mucha vulgaridad y traqueteo, generalizando un respeto muy genuino por el trabajo. En parte, ha desencantado el peligroso glamour del gentleman, y en ese sentido ha obtenido cierto grado de democracia; que es el logro más difícil del mundo.³³

³² G. K. CHESTERTON, *Mi visión de Estados Unidos*, p. 138.

³³ G. K. CHESTERTON, *Mi visión de Estados Unidos*, pp. 138-139.

El ideal del estadounidense es el negocio, por eso habla todo el día del dólar; el del inglés, el ocio, por eso habla todo el día de los castillos de Escocia (que no posee). De nuevo, contra la mentalidad estadística, esto no es, en ninguno de los dos casos, un asunto para elogiar o acusar. Todo depende de la ordenación metafísico-moral que el hombre haga de dichas realidades. Es oportuno aquí recordar que la insistencia tanto sobre el trabajo como sobre el ocio, aunque con diversos matices, se halla en toda la doctrina clásica, judía, griega, romana y cristiana. En el Cristianismo, la misma se halla de forma peculiarmente agudizada, pues insiste fuertemente en la bondad de los dos estados, sin por ello aspirar a la fusión confusa entre ambos. Chesterton diría que la insistencia conjunta en trabajar y descansar es una de esas felices paradojas que realmente sólo caben en el Cristianismo³⁴. Escrivá sostiene lo mismo, como he mostrado en otro lugar³⁵. Pero vayamos por partes. Antes de centrarnos en la significación del ocio y el negocio en sí mismos considerados, esto es, en lo que *hombre de negocios* y *gentilhombre* significan en sí, debemos seguir observando lo que Chesterton nos dice sobre *el business man* y el *gentleman*, esto es, sobre aquellos tipos en tanto que condicionados por un carácter nacional. Como dijimos al comienzo, lo que se nos dijo inteligentemente hace 100 años, sigue hoy en pie. Así, si el esnobismo inglés de hace 100 años era pensar en el oro sin nombrarlo, ello sigue siendo actual; y no sólo eso, sino que también goza de una extensión mayor que la del mero ser inglés. Con todo, por razones metodológicas, quedémonos nomás con el inglés del que nos habla el escritor inglés. Este, nos cuenta Chesterton, mitifica el dinero y maldice el trabajo. Mitifica a aquel de acuerdo a ciertas peculiaridades, a saber, que lo adora “sólo en sus obras”, considerándolo en sí mismo casi como un factor contaminante. Con todo, si se me permite la expresión, Chesterton sería el último a quien alguien podría venderle un buzón. Por eso agrega: “el *gentleman* inglés desea tener suficiente dinero como para poder olvidarse de él.” La situación, pues, no carece de inconveniencia, así como tampoco de riesgo. Nuestro escritor Enrique Larreta, que se supone pertenecía a la aristocracia

³⁴ Cfr. G. K. CHESTERTON, *Orthodoxy* (1908), en [ID.,] *The Collected Works of G.K. Chesterton*, vol. I, Introduction and Notes by David DOOLEY (ed.), Ignatius Press, San Francisco, 1986, pp. 285-306. Alfonso Reyes fue el más temprano y mejor traductor de esta obra (lo hizo en 1917). Esta traducción se ha publicado numerosas veces en numerosas editoriales. Por ej., la que yo tengo a mano es la 1ª reimpr. (1997) de la 2ª ed. (1987) en el F.C.E., México. Las páginas indicadas son 159-199.

³⁵ Santiago ARGÜELLO, *Bartleby justificado. La visión de Melville rescatada por el mensaje de Escrivá*, en Jon BOROBIA, Miguel LLUCH, José Ignacio MURILLO, Eduardo TERRASA (eds.), *Trabajo y espíritu. Sobre el sentido del trabajo desde las enseñanzas de Josemaría Escrivá en el contexto del pensamiento contemporáneo*. IV Simposio Internacional Fe Cristiana y Cultura Contemporánea, Instituto de Antropología y Ética de la Universidad de Navarra (Pamplona, 9 y 10-XII-2002), Eunsa, Pamplona, 2004, pp. 225-238.

local, nos ha dejado documentado, con toda frescura aprobatoria, la peor consecuencia de aquella tensión originaria, si no contradicción originaria:

“Al tiempo de pillar // hinchó la mano”.

Canta el maldiciente poeta.³⁶ No hay que espantarse. En esos tiempos el saqueo era el medio más honroso de hacer fortuna cuando se trataba de un noble, tal vez porque nada se diferenciaba tanto del paciente oficio manual,³⁷ que, como es sabido, acarrea la infamia.³⁸

Y de aquí no hemos salido; es decir, de ese raído disfraz. Sin embargo, como dije al comienzo, no es mi propósito aquí sino desentrañar cuáles son los tipos que se esconden bajo disfraces más o menos decorosos, a fin de poder contar –nosotros también– con el dominio suficiente para revestirnos de un auténtico tipo, pudiendo así conseguir llegar a ser auténticos hombres de negocios o gentileshombres.

El engaño en que vivimos es monstruoso. Hace poco oí decir a un sacerdote argentino, bueno como pocos pero engañado como muchos, que el capitalismo era una especie de religión, lo cual se manifestaba en que las cajas fuertes de los bancos eran cofres más seguros que los sagrarios de las iglesias. *Ergo*, era su deducción, el dinero es la deidad de los capitalistas. *Nay, nay*. Ateniéndonos a las evidencias chestertonianas, el dinero no es la deidad de los capitalistas sino de los pseudo-aristócratas, esto es, de los esnobes. Por el contrario, el auténtico capitalista “ha triunfado, al precio de mucha vulgaridad y traqueteo, generalizando un respeto muy real por el trabajo.” Es decir, el estadounidense ha desmitificado el dinero, y por eso se ha olvidado de él en el sentido materialista, bien que sofisticado, del inglés. Al desmitificar el dinero ha hecho simultáneamente dos cosas: 1) “ha desencantado el peligroso *glamour* del *gentleman*”, en el sentido que la obtención de un castillo, antaño prerrogativa sólo de un aristócrata, ya no sea un mito imposible de alcanzar (por lo que “en ese sentido ha obtenido cierto grado de democracia”); y 2) ha

³⁶ El arcediano Martín del Barco Centenera (1535-1606)[, sobre don Pedro de Mendoza,] en su poema *La Argentina*. – *Nota del mismo texto citado*, hecha por María Hortensia Lacau.

³⁷ Era una tradición hispana la de las “manos blancas”, símbolo de manos no estropeadas por el desdorado trabajo manual. Recordemos al escudero de *El Lazarillo de Tormes*, que prefería morir de hambre antes que descender a menesteres manuales. El saqueo era un riesgo aceptado en la guerra. – *Nota del mismo texto citado*, hecha por M. H. LACAU.

³⁸ E. LARRETA, *Las dos fundaciones de Buenos Aires*, estudio preliminar, notas y edición a cargo de M. H. Lacau, Kapelusz, Buenos Aires, 1964, pp. 12-13.

santificado el trabajo, lo cual merecería ciertas explicaciones que no podemos brindar ahora.

Con esto hemos arribado al final de un preámbulo adecuado para tratar de lleno la materia que nos ocupa. No teniendo espacio aquí para hacerlo, quisiera no obstante exponer las siguientes reflexiones a modo conclusivo de lo dicho. Lo haré guiado por el siguiente interrogante: ¿cómo ha logrado Chesterton introducirse e introducirnos en la verdad del hecho simbólico en torno al hombre de negocios y al gentilhombre, esto es, cómo ha accedido (y nosotros con él) a la captación de esos tipos, si es que efectivamente lo ha logrado? Responder correctamente esta pregunta no sería sino desvelar el mismo método chestertoniano, el cual, en mi opinión, no interesa tanto que sea genial en su estilo, cuanto urgente para nuestro tiempo en su verdad. Entonces, ¿cuál es el procedimiento intelectual por él ejercido? Como todos sabemos, el proceder básico del pensamiento, según Aristóteles supo detallar en sus pormenores, es triple: la inteligencia parte de una visión intelectual, para transcurrir por una serie de razonamientos hasta llegar acaso a una visión más amplia y rica que la primera. Por esto, el interrogante formulado ha de especificarse en el siguiente sentido: ¿de qué se conforma la visión inicial de Chesterton a fin de arribar a un genuino entendimiento de las naturalezas de los tipos mencionados? A mi modo de ver, en su punto de partida, no hay sino estos tres elementos: atención al presente, en el marco de la historia, conforme a una filosofía o lógica tomista. Aclaremos: a) *presente* no significa lo que ocurre sólo según los *mass media*, sino, sobre todo, según esa importancia que se mide a la luz de los otros dos elementos, a saber, la historia y la filosofía (por ej., a un informativo corriente no le interesa la *explicación* del hecho de que un presidente argentino no acuda al *Te Deum* de la catedral metropolitana; sólo le interesa el *escándalo* que puede surgir del hecho que no vaya; en cambio, a Chesterton le interesa indagar, de la mano de la historia y la filosofía, por qué no quiere ir); b) *historia* señala para Chesterton la grande literatura más que la insignificante historiografía de corte positivista: en el caso específico suyo, indica a Dickens, Chaucer, Browning, entre otros, más que, por ej., a Gibbon o Mommsen; c) y añado al término *filosofía* ese epíteto que procede de Tomás de Aquino, puesto que para Chesterton no basta pensar como Aristóteles; hacerlo así sería tanto como vivir fuera del tiempo y hasta poder llegar a perderse la inmensa novedad de la lógica desarrollada en el ámbito de la fe cristiana; así, nadie –menos aun un cristiano– puede obviar la cantidad de siglos en los que en Occidente se ha pensado de modo cristiano (incluso, doy por hecho, que sólo son algunos cristianos los únicos que se

empeñan en lo contrario). Como se ve, las tres fuentes chestertonianas de la revelación de la realidad se encuentran mutuamente entrelazadas, casi como lo están las fuentes de la Revelación católica³⁹. – En cuanto a las deducciones posteriores a la visión inicial, ellas pueden ser más o menos acertadas, o incluso equivocadas. En todo caso, lo que me parece interesante discutir es si de algún modo, o de ninguno, es ese punto de partida metodológico el que auspicia el rigor de la verdad del pensamiento de Chesterton. Dicho de otro modo, el punto en cuestión es si el supuesto y formalmente necesario sentido común chestertoniano es algo más o menos contingente, según su capacidad de genio individual, o si, por el contrario, nosotros podemos imitar su procedimiento racional, aun cuando la naturaleza nos haya ahorrado esa singularidad suya exuberante, sólo propia de él.

No podemos perder de vista que los tipos –*gentleman & business man*– han tenido una conformación o concreción histórica nacida de un pensamiento riguroso. Como ha sabido apuntar Kitto, únicamente una cultura intelectual es propicia para tener *historia*: en efecto, los griegos antiguos la tuvieron; los egipcios, teniendo un presente tan o más espléndido (en algunos casos) que los griegos, no la tuvieron⁴⁰. En cualquier caso, la historia no importa desde un punto de vista estadístico-cuantitativo, esto es, cuántos años hace que el tipo de hombre de negocios o de gentilhombre lleva encarnado en Inglaterra o Estados Unidos. A poco de atender el asunto, se verá que el *business man* (según su peculiaridad estadounidense) es relativamente reciente, aunque no tanto como el *yuppie*. Lo que le interesa a Chesterton, por encima de la cantidad, es la cualidad de la encarnación, es decir, más que la mera frecuencia, la intensidad que se observa en las constantes o leyes por las que un tipo está presente en la sociedad. A poco de pensar este asunto, llegaríamos a la conclusión de que para contar verdaderamente con esta capacidad de observación no hace falta sino ser un gran filósofo, que es lo que Chesterton fue. No quiero decir que haya formulado sus apreciaciones de modo científico, pues no era ese su cometido en la Inglaterra de su tiempo. Su tarea era, pues, a partir de una racionalidad metafísica como la suya, junto al bagaje literario e histórico que tenía, hacer revivir el sentido común que Inglaterra y el mundo (pues Inglaterra era en ese momento la cabeza del mundo) habían perdido.

³⁹ Sagrada Escritura, Tradición y Magisterio de la Iglesia.

⁴⁰ Cfr. H. D. F. KITTO, *The Greeks* (1951); ed. castellana: *Los griegos*, trad. de Delfín Leocadio Garasa, Eudeba, Buenos Aires, 1977, pp. 8 y 10.

Si Chesterton tiene la capacidad de ver donde otros no ven, nuestra actitud no debería ser pasiva, de tal modo que exclamemos: ¡ese gordo es un genio! O más bien, tras la exclamación deberíamos examinar qué es lo que posibilita que él sea tan genio y nosotros tan idiotas. Y el motivo no es difícil de señalar: faltan verdaderos filósofos. Tal vez sobrarían los dedos de una mano si se escudriñara cuántos profesionales de la filosofía de nuestros días son capaces de hacer los análisis que Chesterton hace. No porque sean malos profesionales, sino porque no son verdaderamente filósofos. Donde falte racionalidad metafísica, allí no habrá filosofía. La filosofía actual, me atengo a las evidencias, es decir, a las publicaciones de los «filósofos», se halla refugiada en el análisis lógico y filológico de textos de autores de épocas más o menos pasadas —no importa lo importante que sean los pensamientos que se hallan en esos textos si sólo van a analizarse esos pensamientos. En efecto, esos pensamientos se hallan referidos a la realidad eterna, sí, pero *en tanto* que condicionada por un tiempo que ya no nos pertenece. De este modo, es patente que el análisis que hoy se haga de esos pensamientos no es sino pura lógica, no filosofía. Daría la impresión que, actualmente, los profesionales de la filosofía no se dedican a examinar los textos para iluminar el presente, sino para iluminarse a sí mismos.

La filosofía, ejercida en su naturaleza genuina, no es la contemplación de ideas eternas, a no ser *en tanto* que condicionadas por la *novedad de ser* que se produce en el tiempo⁴¹. En una palabra: únicamente una racionalidad como la de Chesterton es capaz de ver que lo que, por ej., Stevenson dice, es a un mismo tiempo inteligente y actual. Es decir, que no sólo es inteligente y pasado, sino inteligente e iluminador en el presente, puesto que es él, Chesterton, no Stevenson, quien, en su propio tiempo, revela que Stevenson es a la vez eterno y contemporáneo.

⁴¹ Cfr. Jacques MARITAIN, *On the Philosophy of History*, ed. castellana: *Filosofía de la historia*, trad. de Jorge García Venturini, Club de Lectores, Buenos Aires, 1985, pp. 24-31.